

HUMANITAS

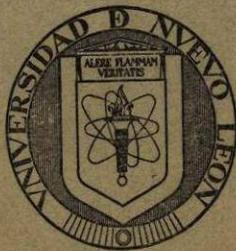
ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
PEROTECA



*Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria*

6



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1965

SANTIAGO VIDAURRI Y EL ESTADO DE NUEVO LEÓN Y COAHUILA

Prof. FEDERICO BERRUETO RAMÓN
Sub-Secretario de Educación Pública.

I. POR LOS CAMINOS DE LA HISTORIA

EL HOY ESTADO DE COAHUILA es fruto de un dilatado proceso histórico; su parte meridional, donde se establecieron Saltillo y Parras, correspondía a principios del siglo XVII a la Provincia de Nueva Vizcaya, mientras su zona septentrional permanecía inexplorada; sobre esta última adelantó sus expediciones el Nuevo Reino de León para originar poblados de fugaz existencia. Ya bien entrada la misma centuria, de Saltillo salieron conquistadores que le dieron vida permanente a las fallidas fundaciones, circunstancia que suscitó un pleito de jurisdicciones entre las dos Provincias, pleito que fue superado con la creación de la Nueva Extremadura al norte del paralelo 26 y cuyo territorio se ensanchó considerablemente con el del actual Estado norteamericano de Texas, mismo que le fue segregado en 1722 para integrar la provincia del mismo nombre.

La mutilada Nueva Extremadura que tenía por capital a Monclova, dilató sus dominios al adscribirsele en 1777 la región del sur que pertenecía a la Nueva Vizcaya, para instituir así la Provincia de Coahuila que formaba parte de las Provincias Internas de Oriente.

Ya en las Cortes de Cádiz, en 1812, principiaba a escucharse la voz de un insigne coahuilense, la del diputado don Miguel Ramos Arizpe, quien, después de un dramático informe sobre el atraso de las Provincias últimamente aludidas, proponía que se constituyera una sola con las de Coahuila, Nuevo Reino de León, Nuevo Santander y Texas, pues afirmaba que su abandono era tal y su desarrollo tan difícil, que de no funcionarlas seguirían expuestas a vivir en perpetuo estancamiento; también sugería que se abrieran uno

o varios puertos sobre el Golfo, con objeto de animar las transacciones con el exterior, ya que todo el intercambio comercial con Europa se hacía por Veracruz, lo que volvía casi imposible en aquellas comarcas el comercio de multitud de mercaderías.

Al independizarse el país y convocarse al Congreso Constituyente de 1824, Ramos Arizpe, que se había convertido en su figura más importante, insistió en el proyecto, sólo que Tamaulipas no estuvo conforme y por eso en el acta constitutiva del 31 de enero del mismo año, se hablaba de que Coahuila, Nuevo León y Texas formarían el Estado Interno de Oriente; tal vez por las dificultades para decidir entre Saltillo y Monterrey en lo relativo a la capital, y aquí Monclova también reclamaba derechos, se separó Nuevo León, constituyéndose el Estado de Coahuila y Texas, cuya sede política quedaría en Monclova. A consecuencia de esto, las rivalidades entre dicha ciudad y Saltillo, generarían a la larga no pocas y lamentables consecuencias.

Se trataba de un inmenso territorio con escasas poblaciones que vivían precariamente por su aislamiento del centro del país y por las incursiones de los naturales jamás sometidos por el conquistador, circunstancias que las mantuvo al margen de un auténtico dominio gubernativo.

II. LA GEOGRAFÍA COAHUILTEXANA

Para contemplar mejor el aspecto demográfico de la nueva entidad baste considerar que las contadas fundaciones, separadas entre sí por grandes distancias, carecían de comunicaciones seguras, porque las numerosas tribus en rebeldía merodeaban por todos los ámbitos, volviendo punto menos que imposible la convivencia.

Con excepción del noreste texano, región abundantemente regada y del sursureste montañoso, en el resto del territorio dominan las llanuras con reducida precipitación pluvial y surcadas por unos cuantos ríos; esto y el clima extremoso originan su flora, que es la de las zonas áridas, entre cuyas especies prevalecen los pastizales que desde entonces parecían indicar el destino pecuario de la entidad; con una agricultura limitada, la cría del ganado se fue convirtiendo en actividad básica dentro de aquel estado de inseguridad, pues ni el gobierno virreinal, ni el de la República, después, podían acudir en auxilio de las aldeas empobrecidas por la inseguridad, el atraso, la zozobra y la inclemencia de la naturaleza.

III. EL HOMBRE DE LA FRONTERA

En la historiografía ocupa calificada significación el término frontera en la formación de las nacionalidades, entendiéndose por frontera las regiones limítrofes con zonas por conquistar, poblar e incorporar cultural, económica y políticamente.

Para nuestro objeto es interesante examinar esta incorporación que se inició con gentes de mentalidad metropolitana; se trataba de hombres que hubieron de enfrentarse lo mismo a la naturaleza que a los bárbaros y posteriormente a individuos de distinta formación cultural; a fuerza de sufrir las más variadas experiencias, acabaron por adquirir su peculiar psicología; así se volvieron más audaces, valerosos y tercos para dominar su circunstancia; forjados en el desamparo, su inteligencia cobró signos propios; su carácter se tornó, cuanto más hostil el medio, más emprendedor y acabó por aprender a no esperar nada que no le viniera por el camino del esfuerzo; desconectados de los grandes centros del país, se fueron transformando en gentes con criterio propio para enjuiciar lo que sucedía en el resto de la nación; siempre hospitalarios e intrépidos, desconfiados y aptos para sortear todas las sorpresas; bromistas, francos, partidarios del juego de azar, un tanto insumisos y poco sociables, configuran una personalidad inconfundible.

Cobra rasgos tan firmes el hombre fronterizo, que apenas se le advierte y ya se le percibe un modo especial de hablar y de relacionarse, una manera directa de entender, tratar y comentar las cosas y los acontecimientos, sin que falte entre sus particularidades la indumentaria y la alimentación todas ellas tan conocidas.

Con ser gentes que matizan la cultura nativa con nuevas tonalidades que se reflejan en su vocabulario, en sus artes, en su trabajo y en su actitud frente a la vida, no son descartadas; por lo contrario, su contacto con otra civilización, las hace sentirse más hondamente orgullosas de la suya.

Esta desaliñada digresión del hombre de frontera, nos permitirá comprender mejor su conducta en esta región del noreste en el período de integración de la República.

IV. OTRA VEZ POR LOS CAMINOS DE LA HISTORIA

Desde la Independencia las nuevas generaciones fueron adquiriendo poco a poco la noción de la nacionalidad y esto explica sus luchas contra el pasado para constituir el país sobre principios que eran ya patrimonio de los más

adelantados del mundo. Pero ni el futuro se impone fácilmente, ni lo que debe dejar de ser se entrega sin pelear; así observaremos cómo frente al espíritu colonial y monárquico se levantará el espíritu republicano y cómo ante el centralismo se alzarán las instituciones liberales y federalistas.

Esa lucha originó un largo período de turbulencias, entre cuyos resultados destacaremos la pérdida de gran parte de nuestro territorio y en ello se fue Texas, que formaba las tres cuartas partes de la entidad coahuiltejana.

Tras del desastre, México vivió frecuentemente en el seno del despotismo y la anarquía bajo la reiterada tutela de Santa Anna, político tornadizo, dictador sin escrúpulos, siempre apoyado por dos fuerzas entonces decisivas: el antiguo ejército y la iglesia.

Durante esa agitada época que va desde la tentativa federalista de la Constitución de 24 hasta los días de Su Alteza Serenísima, Coahuila vive su más lacerante experiencia; lo mismo en la región del Saltillo y Parras tan saturada de la clásica cultura hispánica, que en la del norte, en que se iba fraguando el hombre de frontera; la condición de esta última era más desoladora; las agresiones de los naturales se volvían más frecuentes, porque en la medida en que Texas se poblaba se les arrojaba sobre nuestro suelo; ni el gobierno nacional ni el del Estado podían proteger a los pueblos; entre Saltillo y Monclova se extendían 200 kilómetros de desierto y peligros, del mismo modo que entre Monclova con sus vecinas aldeas y las del norte otra distancia igual prolongaba el aislamiento y la desesperanza.

Cuanto más se avanzaba hacia el Bravo, más se sentían el abandono y la intranquilidad; por eso las gentes se fueron dejando ganar por el desaliento y la animosidad contra un gobierno incapaz de auxiliarlas; sobre esa situación habría de venir otra calamidad, la de las bandas de texanos que con pretexto o sin él entraban armados para cometer mil atrocidades. Todo esto acontecía mientras en el interior de la República arreciaba la lucha intestina con todas sus alternativas.

V. DON SANTIAGO VIDAURRI

En ese conturbado mundo de la frontera nació y se modeló una figura singular del noreste mexicano: don Santiago Vidaurri, hombre de personalidad impresionante que habiendo tenido momentos espectaculares para el bien del país, acabó por perder todos sus méritos cuando, al negarse a sí mismo, adquirió el peor de los estigmas al luchar contra los suyos y contra el destino de la Patria.

Vidaurri es un personaje desconcertante; ambicioso como pocos, pero celo-

samente apasionado de la frontera, cuyo futuro le preocupó siempre; voluntarioso en extremo, pero dueño de una gran capacidad organizadora; a veces demagogo y a veces patriota; a veces generoso y a veces iracundo; audaz, hábil, tortuoso y capaz de todas las veleidades con tal de mantener su autoridad absoluta; patriarca y cacique; héroe y villano, caudillo y apóstata; hombre en suma de complicada caracterología.

Como gobernante se entregó por entero a consolidar la vida de su región que defendió de todos los desmanes, sin que su régimen, nunca modelo de libertades plenas, haya acusado las notas sanguinarias propias de su época.

Por mucho tiempo se especuló sobre la oriundez de Vidaurri; en su misma familia se aseguraba que había nacido en la hoy ciudad de Múzquiz; lo cierto es que sus antepasados inmediatos vivieron en Coahuila, pero don Santiago nació en Lampazos, Nuevo León, el 25 de julio de 1808; gran parte de su niñez y de su juventud la pasó en el norte coahuilense, lo que explica sus numerosas relaciones que tanto habrían de servirle en su carrera política; él mismo se consideraba ciudadano de Nuevo León y Coahuila y todos los de su sangre vivieron en distintos lugares de ambas entidades.

En pleno vigor juvenil regresó a Lampazos y más tarde marchó a Monterrey; uno de tantos días, en reyerta vulgar, le cercenó la mano a un soldado y fue a dar a prisión; algunas letras debe haber tenido, porque luego se le descubrió como muchacho inteligente, muy hábil para redactar y más aún para ganar amigos.

Todo ello le favoreció para que se le ocupara como amanuense municipal; su facilidad para relacionarse le abrió las puertas de alguna de las oficinas del gobierno neolonés en las que trabajó de escribiente; después de ser jefe de mesa llegó a Oficial Mayor, de donde no tardaría en ascender a Secretario de Gobierno; eran los tiempos del dominio centralista, pero en Nuevo León ya principiaba a notarse cierta corriente liberal encabezada por el periodista Manuel María del Llano.

A principios de 1833, Del Llano llegó al gobierno para desarrollar un programa de reformas que reglamentaban los honorarios del clero, que prohibían los entierros en las iglesias y que dejaban a la voluntad de los fieles asistir a las fiestas religiosas. El audaz gobernante liberal pronto fue desplazado por el centralismo; años después, uno de sus prosélitos, don Joaquín García, al hacerse cargo del ejecutivo neolonés en 1837, le confió a Vidaurri la Secretaría de Gobierno. Es muy probable que desde esos días don Santiago haya principiado a cultivar cautas relaciones con gente liberal como Del Llano; así lo pensamos, porque por ese entonces los Vidaurri venían figurando prominentemente en el movimiento federalista de Monclova, que tenía por objeto inmediato la captura de Saltillo, ciudad a la que se acusaba de conservadora.

En 1839, al salir de Monterrey tropas centralistas a sofocar nuevos brotes armados en Coahuila y Tamaulipas, se registró una sublevación; Vidaurri se unió a los alzados, pero el placer del triunfo les duró unos cuantos días y don Santiago se fue a incorporar a uno de los núcleos rebeldes que operaban en la región del Bravo al mando de Antonio Canales, nativo de Monterrey, población que atacó sin éxito, amnistiándose posteriormente. Por este tiempo se principió a incubar el fantástico proyecto de la República del Río Grande que se trataba de constituir con Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Chihuahua, Sonora, Nuevo México y las Californias; para el efecto se pidió el patrocinio de Texas; pero Texas, que aún no se anexaba a la Unión Americana, no se atrevió a tanto.

Desde ese tiempo y hasta la ocupación de las fuerzas americanas, Nuevo León no dio mayores signos de liberalismo. Vidaurri se encuentra en la penumbra, pero lo asombroso es su retorno a la prominencia política al amparo de la restauración conservadora en 1853, a consecuencia de la cual, en 1854, llegó al poder estatal el general Gerónimo Cardona, quien le asigna nuevamente la Secretaría de Gobierno.

Era la época en que Santa Anna, una vez derrocado el régimen de Arista, volvía a la Presidencia apoyado en sus aliados de siempre, para instituir el despotismo más ominoso y en cuyos desafueros contaría la venta de La Mesilla.

La rebelión no tardó; el primero de marzo de 1854 se proclamaba el Plan de Ayutla con sus dos figuras tutelares: don Juan Alvarez y don Ignacio Comonfort. El Plan se proponía derrocar a Santa Anna, acabar con los abusos, el absolutismo y la corrupción burocrática, cancelar los altos impuestos, terminar con la inestabilidad política y atender debidamente al ejército, censurando de paso la venta de La Mesilla.

El documento de Ayutla, obra de los liberales moderados, contó también con las simpatías de los radicales o puros, que tratarían de aprovechar la contienda para introducir reformas sustanciales en la organización del país; el Plan no disponía de un ejército, pero lo sostenían pequeños grupos armados que adoptaron la táctica de guerrillas.

Cuando Santa Anna principiaba a dominar los insurgentes surianos, en Tamaulipas, por julio de 1854, se rebeló don Juan José de la Garza, que también fue derrotado; marchó a Nuevo León y al acercarse a Monterrey lo destrozaron las tropas de Ampudia el 11 de septiembre.

Vidaurri, en lugar de sumarse al liberal tamaulipeco, permaneció en la gracia del santannismo. Mientras el dictador triunfaba en el noreste, Álvarez se fortalecía en el sur y Comonfort se unía en Michoacán con un futuro gran reformista: don Santos Degollados; Santa Anna encargó al general Ampudia

la tarea de combatirlos y de esa manera sólo quedaron en el noreste mermadas corporaciones sin haberes y desmoralizadas.

Ahora Vidaurri principia a conspirar; son los comienzos de 1855; con pretextos de salud se ausenta de su empleo por varias semanas y es entonces cuando se entrevista con el capitán Nicolás Régules, comisionado para atizar la hoguera liberal en Nuevo León. Entretanto la frontera coahuilense padece toda clase de infortunios.

Vidaurri cree llegado su momento y el 11 de mayo se esfuma de Monterrey con varios amigos; el buenazo de Cardona hasta el 16 se dio cuenta de que su Secretario andaba en Lampazos, donde se reunió al grupo rebelde que capitaneaba don Juan Zuazua, veterano de la guerra contra los americanos y contra los bárbaros; Cardona denunció como separatista al movimiento y así lo proclamó por todas partes.

Con el apoyo de los pueblos de la región, Vidaurri y Zuazua organizaron sus huestes bajo el nombre de Ejército Restaurador de la Libertad y se dirigieron a Monterrey, ocupándole después de ligero combate el 23 de mayo; 3,000 rifles y 21 piezas de artillería, además de otros abastecimientos, formaron el botín de esta jornada, con la que nacía un nuevo caudillo.

“Nuevo León no se compone como los estados del interior en gran parte de indios miserables: tenemos conciencia de nuestro deber y al mismo tiempo de nuestro poder y derecho, y muy vivo el entendimiento y la dignidad de hombres libres para dejarnos ultrajar por la fuerza en lugar de ser regidos por leyes justas...” Así hablaba Vidaurri después de la victoria, como típico hombre de frontera, sin mencionar para nada el Plan de Ayutla.

Santa Anna se alarma con lo de Monterrey, insurrección que tacha de filibustera para formar la República de la Sierra Madre, otro vesánico proyecto que apuntaba entonces bajo el liderato de José María Carvajal, sublevado separatista que, según se decía, había proporcionado armamento a Vidaurri; éste rechazó el cargo y proclamó que su *movimiento era nacional, que luchaba por la libertad y en defensa de la integridad del territorio, de la independencia y de los sagrados derechos de la nación.*

El mismo 23 de mayo convocó Vidaurri a una junta de ciudadanos distinguidos para establecer un gobierno provisional, misma que lo nombró gobernador y jefe militar de Nuevo León; dos días después se proclamó el *Plan de Monterrey*, por el que se declaraba que *Nuevo León rescataba su soberanía y que así permanecería hasta que un Congreso Nacional constituyera un nuevo gobierno para el país sobre la base republicana y federal.*

De inmediato invitó a los pueblos de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas para que lo apoyaran, y, si lo consideraban conveniente, se allanaran para *formar un solo gobierno respetable y fuerte para defenderse de las incursiones texanas y de las depredaciones de los naturales.*

De todas partes le llegarían adhesiones y bajo su mando principió a fulgurar una nueva generación de jefes militares, entre los que mencionaremos a Juan Zuazua, Ignacio Zaragoza, Mariano Escobedo, Julián Quiroga y José Silvestre Aramberri.

Como programa de gobierno se proponían reprimir el contrabando para impulsar el comercio, corregir abusos y negligencias, definir los campos que competen a la iglesia y al estado y establecer la contribución voluntaria para sostener la administración.

Vidaurri trabaja premiosamente; ahora emplaza al general Valentín Cruz, Gobernador de Coahuila, para que abandone Saltillo y al mismo tiempo organiza sus tropas para expugnar el puerto de Matamoros, en tanto que recibe el refuerzo de 800 tamaulipecos que siguen a De la Garza, al que designa su segundo en el mando del Ejército del Norte, cuyo fue el nombre que recibió la columna jefaturada por el caudillo neoleonés.

Las operaciones proyectadas fueron suspendidas al saberse que el dictador había destacado una brigada a las órdenes del general Francisco Güitán para batir a los norteros; por eso Vidaurri volvió a Monterrey y siguió hasta Saltillo donde venció a los santannistas el 23 de julio; el 26 declaraba en esta última ciudad el fin del centralismo, lo que significaba, así lo decía, *que el pueblo se regirá democráticamente escogiendo a sus propios gobernantes*: enseguida celebra una junta con las personas más calificadas, junta que aceptó el Plan de Monterrey y la mayoría, error de consecuencias fatales, *le otorgó el mando militar y político de Coahuila*.

Para fines de julio todos los pueblos de Coahuila se declaraban por el Plan de Monterrey; pero Vidaurri no se sentía muy seguro, porque creía que los funcionarios de Saltillo que aparecían como sus amigos, eran peligrosos, y aquí se advierte otro de los signos de su personalidad: la desconfianza.

Para ejercer la doble investidura política nombró en agosto al licenciado Miguel Blanco, Secretario de Gobierno para los asuntos de Coahuila y al licenciado José Garza González para los de Nuevo León; por ese entonces declara que su movimiento *deseaba la emancipación política, social e intelectual del espíritu humano y se pronunciaba por las libertades de pensamiento, expresión y trabajo, sin excluir la de creer*.

Después del triunfo de Saltillo destacó con rumbo a San Luis Potosí una columna militar al mando de Zuazua.

Por la naturaleza de sus declaraciones, Vidaurri comenzaba a ser considerado por los liberales puros como uno de los suyos; esto sucedía en los momentos en que principiaban a darle la pelea a los moderados que tenían por guía a Comonfort, con quien el neoleonés tendría serios desacuerdos, a causa de que aquél trataba de incorporar militares del viejo ejército que habían reconocido el Plan de Ayutla para conservar sus privilegios.

Por esas fechas Santa Anna dejaba, ahora sí para siempre, el mando supremo del país, que ejercería don Juan Álvarez por virtud del triunfo liberal.

VI. EL DESMÁN VIDAURRISTA

Apenas victoriosa la causa de Ayutla, principió a desencadenarse con intensidad el debate entre moderados y puros; estos últimos pugnaban por un cambio sustancial en la estructura económica, social y política de la República, definido posteriormente en la Constitución de 57 y de modo más enérgico en las Leyes de Reforma.

Vidaurri siempre consideró al Plan de Monterrey como gemelo del de Ayutla, si bien matizado el primero con una serie de notas ideológicas que le daban un sentido más avanzado; para no aumentar disensiones acabó por reconocer al segundo, pero sin renunciar al carácter impreso al gobierno de Nuevo León y a su determinación de no soltar la jefatura del noreste; respecto a lo primero insistiría en el principio federalista, en la lucha contra el militarismo y en el derecho de los Estados para resolver sus asuntos domésticos y organizar su propia milicia.

Ya para agosto de 1855 el poderío de Vidaurri se extendía a los tres Estados del noreste y al norte de San Luis Potosí, y si no lo dilató más, fue para no despertar suspicacias en Comonfort y porque quería conservar intacto su liderato fronterizo, amenazado ahora por una especie de conjura, pues ya desde Saltillo le comunicaba don José Ma. Aguirre que, habiéndose pronunciado la ciudad por el Plan de Ayutla, se le había designado Gobernador Interino, pero que era su voluntad conservar las relaciones en lo atañadero al mando militar del Ejército del Norte.

Vidaurri respondió encolerizado; consideraba aquello como maniobra conservadora y así lo delató ante los pueblos del centro y del norte coahuilense, cuyas rivalidades con Saltillo aprovecharía para conseguir el apoyo de la casi totalidad de los municipios, algunos de los cuales le ofrecieron tropas para ocupar militarmente la capital de Coahuila.

Al mismo tiempo se dirigió al Presidente Álvarez y a Comonfort para acusar de rebeldes al gobernador Aguirre y los suyos, apuntando que él, Vidaurri, había sido nombrado como única cabeza del gobierno de Coahuila, por virtud de la conquista militar de Saltillo y agregaba que de ningún modo renunciaría al dominio de la frontera.

Pero fue más allá, al inducir a los pueblos que manifestaron su sentir; de esa manera una comisión de Monclova producía el 25 de septiembre un largo informe sobre la situación de Coahuila, en el que se afirmaba *que el Estado*

padecía desesperada penuria que lo incapacitaba para sufragar los gastos de la administración, por cuyo motivo le era imposible subsistir como entidad autónoma y se pronunciaba por que los distritos de Monclova y Río Grande se unieran a Nuevo León, dejando a Saltillo, Parras y las otras regiones, el derecho de seleccionar el Estado al que quisieran adherirse.

Al tiempo que Vidaurri movía sus emisarios para ganarse la voluntad de los pueblos del norte, se dirigía a los líderes de la política nacional para convencerlos de que eran los coahuilenses los que venían pidiendo la anexión.

Un inesperado acontecimiento acabará de fortalecerlo; las bandas de texanos continuaban invadiendo la frontera; pero el suceso más serio fue la derrota que las milicias mexicanas le causaron el 7 de octubre de 55, a una partida filibustera en las cercanías de Piedras Negras; los derrotados volvieron al siguiente día en número de 300 e incendiaron la población. La fechoría alarmó a Vidaurri, quien ordenó la concentración de sus fuerzas en Monterrey y mandó cuatro compañías con 5 piezas de artillería a proteger la frontera de Coahuila; la alarma creció cuando se supo que en San Antonio, Texas, se preparaba una expedición invasora. Vidaurri al informar al Presidente acusaba al gobierno americano de solapar aquellas tropelías y anunciaba que ya reclutaba más gente para salir en defensa del territorio nacional.

La denuncia caló tanto, que el cónsul americano en Monterrey y el propio embajador, desde México, le dieron explicaciones, condenando el incidente; hasta el Secretario de Estado, desde Washington, se dirigía a Vidaurri para decirle que las incursiones indígenas sobre Texas, no justificaban la violación del suelo mexicano y la destrucción de propiedades, criticando al destacamento de Fort Duncan, frente a Piedras Negras, por haber protegido a los malhechores; después le enviaría copia de la orden del Presidente Pierce para que se evitara toda invasión sobre México, utilizando para el efecto las fuerzas de mar y tierra.

Todo esto le sirvió a Vidaurri para ponderar el peligro del filibusterismo; así protegía sus propios fines y justificaría sus futuras maniobras, ganando de paso la consideración del gobierno americano que observaba cómo el caudillo norteño perseguía enconadamente a los indígenas; ahora Vidaurri se mueve en el plano internacional, mientras, por otra parte, da fe de su patriotismo al gobierno del país.

Las crecientes divergencias entre moderados y radicales provocaron en diciembre de 55 la renuncia de Álvarez a la presidencia y la exaltación de Comonfort como sustituto; moderado por excelencia, trataba de conciliar a los dos grupos en pugna. En la definición de los bandos, Vidaurri destacaría entre los puros; su relieve era tan firme, que no escasearon los que principiaron a considerarlo como el indicado para suceder a Comonfort.

Así llega el año de 1856 en que habría de reunirse el Constituyente; Coahuila estaba representado por el ilustre republicano don Juan Antonio de la Fuente, en tanto que por el mismo Estado, pero auspiciado por el gobierno neoleonés, concurrían don José Ma. Viesca y Montes y don Miguel Blanco.

En aquella asamblea se iba a decidir el destino de México; ahora veremos los efectos de la copiosa correspondencia que Vidaurri, señor de la maniobra, de la lisonja y del enredo, sostenía con las figuras capitales del pensamiento radical.

El 19 de febrero de 1856, casi en la misma fecha en que iniciaba sus tareas el Constituyente, Vidaurri expedía, de sus puras pistolas, el decreto que establecía la unión de las dos entidades norteñas bajo un solo gobierno, integrando así el Estado de Nuevo León y Coahuila.

El atraco era evidente; con todos los méritos que Vidaurri pudiera ostentar, ningún estatuto podía amparar el desmán; la misma petición de los pueblos del norte coahuilense escondía mucho de política de mala ley. En México algunos consideraron el decreto como un modelo de arbitrariedad y despotismo, pero otros lo tuvieron por necesario y conveniente.

Sólo un hecho enturbiaba el futuro vidaurrista: La pérdida de su influencia en Tamaulipas a causa de varios incidentes que enemistaron a De la Garza con el mandatario neoleonés.

VII. LA PUGNA ENTRE COMONFORT Y VIDAURRI

Comonfort desde que asumió la presidencia venía tratando de ganarse al bronco cacique norteño por los caminos de la conciliación; por eso, al conocer el decreto anexionista trató de persuadirlo de su error, pero sin resultado; ante la ineficacia del recurso, le suplicó que lo derogara, pero también sin consecuencias.

Así las cosas, cambió de procedimiento: instruyó al gobernador de Tamaulipas para que le cerrara a Vidaurri los puertos de la frontera; con ello lo dejaría sin recursos, ya que desde tiempo atrás retenía los derechos aduaneros para cubrir los gastos de su ejército; por otra parte, ya no podría abastecerse de armas y municiones; el golpe era certero y De la Garza, ni tardo ni perezoso, lo asestó.

Entre tanto Comonfort, el 15 de abril de 56, reprobaba el decreto y disponía que las autoridades de Saltillo procedieran a nombrar Gobernador Provisional. Fundaba su acuerdo en el Plan de Ayutla que reconocía a Coahuila como Estado, por lo cual ni Vidaurri ni el propio gobierno nacional podían violar su soberanía.

En mayo de 56 el Congreso principió a conocer el asunto; con serena, pero enérgica entereza, don Juan Antonio de la Fuente defendió la autonomía de su Estado y solicitó que se aprobara la disposición del gobierno provisional que nulificaba los efectos del atentatorio decreto.

Para examinar el conflicto se nombró una comisión, que produjo un tibio dictamen que reflejaba el deseo de conciliar a Vidaurri con los de Saltillo, pero a la vez destacaba el derecho de los pueblos de Coahuila para escoger libremente su organización política y pedía, por lo tanto, que se suspendieran los efectos de la anexión hasta conocer el sentir de los coahuilenses, para lo cual sugería designar una comisión representativa del Congreso y del Ejecutivo.

La polémica se prolongó por meses; los diputados partidarios de la anexión sostenían que era compatible con el Plan de Ayutla, pues éste disponía que cada entidad sería gobernada por el caudillo local del movimiento y Vidaurri lo había sido simultáneamente en Coahuila y Nuevo León.

El 10. de junio por 57 votos contra 35 se rechazó el dictamen; de esta suerte el Congreso se abstenía de reconocer la anexión, expresándose que la decisión final dependería de su propio acuerdo que se incluiría en la Constitución.

Pero los adictos a Vidaurri no retrocedían; ahora esgrimirían como argumento el fantasma de Texas, que, según ellos, se había perdido por la ingerencia del gobierno nacional en los asuntos locales. Vidaurri no descansaba en su correspondencia y reclutaba más tropas para dirimir el asunto en el campo de las armas si era preciso.

Comonfort apretó la mano; el 19 de agosto aparecía una información relativa a la destitución de Vidaurri, como Gobernador de Nuevo León, designando en su lugar a don José de Jesús Dávila y Prieto; por esos días, el 7 de agosto, 46 diputados votaban por la anexión contra 39 que se oponían; el resultado era inoperante, porque se requería el sufragio de las dos terceras partes; con todo, la débil posición del Presidente en el Congreso no admitía dudas.

Comonfort no se arredra; organiza una fuerza de 3,000 hombres al mando de los generales Rosas Landa y Echeagaray que atacarían por el sur, al tiempo que los tamaulipecos lo harían por el oriente y el norte de Nuevo León.

Vidaurri andaba forzando la puerta de la frontera cuando supo que De la Garza marchaba sobre Monterrey, cuyo ataque coincidiría con el de la columna del sur; el plan falló por la demora involuntaria de Rosas Landa; a pesar de esto, De la Garza asaltó la ciudad el 10. de noviembre; el combate se prolongó por dos días, suficientes para que llegara Vidaurri y obligara a sus enemigos a replegarse a Saltillo.

El 15 de noviembre, cuando Vidaurri percibió que se le echaba encima la

poderosa división de Rosas Landa, ya había ganado la batalla en el Congreso; el 15 de septiembre, ni más ni menos dos meses antes, por una mayoría de 56 votos contra 25, se había votado la unión de Coahuila y Nuevo León, legalizándose así el zarpazo anexionista, aún cuando dicho mandato, no surtiría sus efectos sino hasta que se promulgara la Constitución.

En esas condiciones, Vidaurri, en lugar de combatir pidió parlamentar y así se produjo el convenio de la Cuesta de los Muertos, signado el 18 de noviembre, en el que se asentaba, entre otras cosas, que Vidaurri se sometía al gobierno provisional; que entregaría el poder al Presidente del Consejo del Estado de Nuevo León, (gente suya), al que se le subsidiaría con ocho mil pesos mensuales para batir a los bárbaros y, para mayor satisfacción se apuntaba, innecesariamente, que en cada lugar de Coahuila, con excepción de Saltillo, se convocaría a un plebiscito para que los ciudadanos expresaran su voto en favor o en contra de la anexión.

El resultado de estos actos en los Partidos de Parras, Monclova y Río Grande, fue de 4,056 votos por la anexión contra 260; tan aplastante mayoría nos hace pensar en aquella otra que se obtuvo después bajo la presión de las armas francesas, para convencer a Maximiliano de la pretendida vocación monarquista de los mexicanos.

VIII. SOMBRAS Y CLARIDADES DE UN CAUDILLO

No hay duda de que nos hemos encontrado con una figura singular y con un hecho sólo explicable a la luz del azaroso proceso en que se fue fraguando la nacionalidad.

Vidaurri es un hombre desconcertante que merece un estudio a fondo, no para absolverlo de una culpa que siempre escapará al perdón, sino para valorar su conducta y conocer mejor lo que fue el noreste mexicano en el crítico promediar del siglo XIX.

Vidaurri, como no pocos liberales, comenzó su carrera en el centralismo; después se definió radical de sustancial prosapia; contribuyó a defender nuestro suelo en días aciagos y cinceló capítulos decisivos en el inicio de la Guerra de Reforma; pero este hombre, cacique cabal, era capaz de todos los pactos con tal de retener bajo su personal dominio el dilatado territorio de Nuevo León y Coahuila.

Pacificarlo, limpiándolo de naturales insumisos, de filibusteros y malhechores, fue su obsesión permanente, pues sólo así se poblaría el desierto y prosperarían la producción, las comunicaciones y el comercio; tales eran sus in-

tenciones, siempre condicionadas por un hecho: todo aquello se podía lograr pero únicamente con las manos insustituibles de un hombre: Santiago Vidaurri.

Después de consumarse la anexión de Coahuila a Nuevo León, gobernó al inmenso Estado durante ocho años; pero un día, en el viacrucis de la República, la soberbia lo enfrentó al titular de la dignidad nacional, al que no pudo doblegar, como no han podido doblegarlo ni el odio sectario, ni el tiempo ni la muerte.

Vidaurri fracasó en su osadía; pudo buscar el exilio para reflexionar sobre sus yerros y rehabilitar su conducta, pero la pasión lo perdió hace cien años al reconocer el imperio, pensando que de ese modo conservaría su cacicazgo; mas no fue así.

En el momento de su lamentable ofuscación, repitámoslo aquí, cometió el peor de los olvidos, el de México, cuya gloriosa bandera llevaban por los caminos del desierto norteño, las manos de un indio que desde entonces preside los más altos valores de la Patria.

FALSO MAYORAZGO DE LA CASA MONTEJO

JOAQUÍN DE ARRIGUNAGA PEÓN
Mérida, Yucatán

EN 8 DE FEBRERO DE 1565 y a los 57 años de edad, falleció en la ciudad de Mérida de Yucatán, cargado de deudas, el Capitán en Jefe de la Conquista de la Península y fundador de las ciudades de San Francisco de Campeche y de Mérida, don Francisco de Montejo y León, comúnmente llamado "El Mozo", por ser homónimo de su padre el Adelantado y de su primo hermano, el fundador de Valladolid, el cual es conocido como "El Sobrino".

El Ayuntamiento de Mérida conociendo la difícil situación económica por la que había venido atravesando el joven Montejo, pues su innata honradez le había impedido lucrar en los altos cargos que desempeñó, y en justificado reconocimiento a sus relevantes prendas personales y méritos alcanzados durante la conquista y en la organización de la Capitanía General de Yucatán, con sede en la ciudad de Mérida, acordó sufragar los gastos de su sepelio.

Don Francisco de Montejo y León es uno de los más destacados conquistadores del Nuevo Mundo, descubierto por Colón, bajo el patrocinio de la egregia Isabel, la Católica, Reina de Castilla, pues el joven Montejo no tan sólo supo realizar la conquista de la península con un puñado de esforzados españoles, sino que también fue un leal y abnegado hijo. Su lealtad y abnegación las puso de manifiesto cuando ya concluida la Conquista fue requerido por su padre para que le hiciera entrega del mando no obstante que a él se debía el éxito, pues su padre había fracasado en las reiteradas ocasiones en que había intentado sojuzgar a los bravos mayas. En ocasión al fallecimiento de su padre, el Adelantado, acaecida en Salamanca, su ciudad natal, en 8 de septiembre de 1553, el joven Montejo volvió a poner de manifiesto su amor, respeto y obediencia a su padre, pues acató sin protesta la voluntad testamentaria del Adelantado, por la cual, a excepción de la casa de su morada en Mérida, la "Casa de Montejo", construída por él, todos los bienes y el título de Adelantado pasaron a ser propiedad de doña Catalina, media hermana